

ENSAYO *Cup. 405. B.14.*

HISTORICO

SOBRE LA

VIDA

DEL EXMO. SR.

D. JUAN MANUEL DE ROSAS, *[App]*

GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL

DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES.

BUENOS AIRES :
IMPRENTA DEL ESTADO.

1830.



HISTORICO

Y FENIX

DE SAN JUAN DE LOS RIOS



INTRODUCCION.

Por grande que sea el peligro de un escritor al bosquejar la vida de un hombre sentado en la primera silla del estado, no hemos trepido en arrostrarlo, considerando esta tarea, no como un homenaje al mérito de un individuo, sino como un servicio hecho á la causa pública.

Cuando el espíritu de partido se empeña en desfigurar todos los objetos, en minar todas las reputaciones, y semejante á la vara de Tarquino, dirigir sus golpes contra los caracteres mas eminentes, importa muchísimo trastornar tan culpables maquinaciones, y probar que no es tan fácil denigrar á los que se hicieron acreedores á la estimacion general.

Hubieramos deseado que una pluma mas diestra nos hubiese exonerado de este trabajo; no porque desconfiemos de la causa

por la que abogamos, sino porque nuestra mediocridad no perjudique á la importancia del asunto. Como no pretendemos ofrecer al público una obra completa, esperamos que se dignará acoger con favor este ensayo, y que su indulgencia estimule el patriotismo de hombres mas ilustrados para que lo perfeccionen.



ENSAYO HISTORICO.

D. JUAN MANUEL DE ROSAS, elevado poco há á la primera magistratura de la provincia, nació en Buenos Aires en 1793, de una familia rica y respetable. Uno de sus antepasados (1) figura con honor en la historia de nuestro país, que gobernó á nombre de los reyes católicos, recogiendo las bendiciones de todos, hasta de las mismas tribus indígenas que nuestros opresores, en su necio orgullo, miraban como inferiores á la especie humana.

(1) D. DOMINGO ORTIZ DE ROSAS, mariscal de campo de los ejércitos de FELIPE V., gobernador y capitán general de Buenos Aires, que pasó después de presidente á Chile.

Destinado á reemplazar al gobernador SALCEDO, cuya administracion habia sido una cadena de infortunios, cortó los abusos, contó las aspiraciones de la corona de Portugal en la Banda Oriental, y fué el primero que entabló relaciones amistosas con los indios.

Otro de sus mayores (2) continuó su obra, sin poderla consolidar. Menos feliz que su predecesor, fué víctima de su zelo por la prosperidad de un país que enriquecía con su industria y defendía con su espada. La tradicion de sus hazañas se conserva todavía entre los sencillos habitantes del campo que, semejante á los montañeses de Escocia, se complacen en perpetuar el recuerdo de los tiempos pasados.

(2) D. CLEMENTE LOPEZ DE OSORIO, abuelo materno de D. Juan Manuel de Rosas, fué comandante general de campaña en 1765, y mandó en jefe una expedición á Misiones, estando de gobernador el Sr. Bucanell. Como militar era querido, y disfrutaba de una grande reputacion por su valor y virtudes. Dueño de grandes establecimientos rurales, fué uno de los mayores hacendados de nuestra provincia. Sorprendido por los indios, en una de sus estancias situada en el Rincon del Salado, donde este rio desemboca en la mar, fué asesinado el 12 de Diciembre de 1783 en edad de su hijo D. Andres.



D. Leon Rosas se esforzó en imitar tan nobles ejemplos: destinado á la carrera de las armas, antes que estuviese en estado de consultar su inclinacion, recibió un despacho de cadete á los 7 años, por la costumbre que prevalecía entonces de recompensar en los hijos los servicios del padre. Al entrar en la adolescencia, buscó la ocasion de hacerse acreedor á esta gracia. D. JUAN DE LA PIEDRA, superintendente de la costa Patagónica, fundó en 1779 una colonia cerca de *Puerto Descado*, con miras de estender las fronteras del sur. Esta avanzada, establecida en el desierto, puso á nuestros soldados en contacto inmediato con los indios. La prudencia exijia contemporizar con ellos, por ser tan numerosos, y por estar dotados de ese valor audaz que los convierte en enemigos terribles, cuando se les concita con actos de rigor.

Estos fueron sin embargo, los que adoptó el señor de la Piedra, y el MARQUEZ DE LORETO, recién promovido al virreinato de Buenos Aires, segundó sus planes, esperando señalar con algun hecho extraordinario la pri-

mera época de su administracion. Franqueó, pues, todos los recursos para una expedicion al sur, que debia espeler á los indios de las inmediaciones de la nueva colonia.

D. Leon Rosas, que á la sazón era un simple oficial subalterno, marchó con las tropas de la Piedra; que lejos de sojuzgar á los indios, como se lo habian propuesto, fueron sorprendidas y derrotadas. Hecho prisionero, el señor Rosas fué llevado al desierto, donde permaneció algun tiempo. Los indios, que no habian olvidado la proteccion que siempre encontraron en la familia de este jóven, lo miraron con cariño, y á pesar del espíritu de venganza que los animaba contra sus enemigos, cedieron á los consejos del señor Rosas, y entraron en tratados con el gobierno de Buenos Aires. Este servicio fué recompensado con el empleo de administrador de las haciendas de la corona, que desempeñó hasta 1809, en que se decidió á renunciarlo, para atender á dos grandes establecimientos heredados por su muger.

La revolucion, que estalló el siguiente

año, agitó profundamente al país, é hizo que los esclavos fuesen menos dóciles á la voz de sus amos. Muchos propietarios, y D. Leon Rosas entre ellos, no hallaron mas remedio contra un mal cuyos progresos amagaban sus fortunas, que ir á establecerse en sus estancias. D. JUAN MANUEL, el primogénito de los varones, pasó sus primeros años en las faenas del campo, que contribuyeron á robustecerlo: y este desarrollo precoz de sus fuerzas físicas, despertó tambien su inteligencia. Frecuentaba la escuela de D. Francisco X. Argerich, cuando se verificó la primera invasion de los ingleses en este país, que puso en armas á todos sus habitantes. El joven ROSAS de edad de solo trece años, se arrojó intrèpidamente entre los combatientes, y peleò al lado del mismo general Liniers. Fué éste su primer paso en una carrera que debia recorrer con tanto brillo. Cuando se pensò en organizar otros regimientos para premunirse contra la segunda expedicion al mando del general Whiteloke, se enroló voluntariamente en el suerpo de miqueletes de caballería, uno de

los mas distinguidos por su bizzarria y disciplina.

D. Leon Rosas, obligado á regresar al pueblo para velar sobre la educacion de su tierna y numerosa familia, descubriendo en su primogénito una buena índole y una singular aptitud para el manejo de cualquier negocio, no trepidó en confiarle la direccion de su valioso patrimonio. Si debe parecer extraño que un joven de 14 años llegue á ser el administrador de los bienes de su familia, no lo es menos, verle renunciar tan temprano á los goces de la vida, para arrostrar todo género de privaciones. Su casamiento con DA. ENCARNACION ESCURRA, señora de un raro mérito, y digna bajo todos aspectos de esta alianza, vino á suavizar tan laboriosa existencia. Los jóvenes conyuges se animaban mutuamente á no desistir de su empresa, que los ocupó hasta el año de 1815. Fué entonces, que D. JUAN MANUEL pidió el auxilio de su hermano D. Prudencio, no para descansar, sino para fundar otros establecimientos. El padre, á quien devolvió una fortuna doble de la que le habia confiado,

quiso fomentarlo con un capital en dinero y en ganados; pero él reusó estas ofertas, diciendo que no necesitaba mas caudal que él de sus brazos y sus conocimientos.

Efectivamente se dedicó á un nuevo género de industria, que en pocos años lo hizo uno de los primeros labradores del país. Nuestros campos no ofrecian entonces otro aspecto que el de una inmensa estancia cubierta de ganado. Los primeros establecimientos que interrumpieron esta monotonia, fueron los del señor Rosas; que puede considerarse como el *Triptolemo* de esta provincia. Por sus incesantes cuidados, millares de árboles sombrean ahora un suelo espuesto otro tiempo á los rayos del sol, y ricas mieses hermocean campos antes estériles y desiertos.

Los sucesos del año 20 sorprendieron al Sr. Rosas en estas modestas faenas. ¿Y qué corazon podia permanecer insensible á los infortunios de la patria? ¿Ni quien puede hoy recordarlos sin estremecerse?

Cuando se comparaban las fuerzas de que podia disponer la provincia, con los elementos de oposicion que la amagaban,

era imposible no alarmarse por su suerte. La discordia que reinaba entre nosotros paralizaba la marcha de la administracion, y le arrebatava todos los medios de defensa. El crédito estaba agotado, el espíritu público abatido, la confianza no existia, y el valor mismo, que parecia deber ser inagotable en un pueblo valiente y generoso, se habia enervado bajo el cúmulo de tantas desgracia.

La defeccion del último ejército del Sr. general Belgrano habia relajado los vínculos de la disciplina militar: los oficiales se veian obligados á contemporizar con sus soldados, para que no los abandonasen; y esta insubordinacion era aun mas notable en los cuerpos de milicias, que mejor organizados hubieran sido mas que suficientes para contener á los agresores. Pero el ciudadano, llamado al servicio en momentos de tanto peligro, conservaba una gran parte de su independencia, en que hacia consistir los derechos del hombre libre, y cuyo sacrificio le parecia aun mas penoso que él de su propia vida. Todas estas causas influian

sinistramente en la moral del ejército: así es, que las derrotas de las *Cañadas de Cepeda*, de la *Cruz*, produjeron mas consternacion que sorpresa.

Estos dos triunfos habian levantado el ánimo de nuestros opositores, y ya no se veia lejano el tiempo en que fuese preciso optar entre el oprobio y la desesperacion. En este terrible conflicto, el cabildo confiò la salud de la patria á un jóven que se habia distinguido en la guerra de la independencia. Cualquiera otro hubiera vacilado en admitir este cargo: pero DORRICO, en quien habia caido la eleccion, arrojó esta inmensa responsabilidad; y tendiendo la vista á su rededor para calcular sus recursos, se fijó en un individuo que podia prestarle la mas activa cooperacion.

En medio del espíritu de insubordinacion que se habia manifestado en todas las clases, por la insuficiencia de las leyes, la debilidad ó tolerancia de los magistrados, solo existia en la provincia una autoridad que fuese respetada, y que sin embargo no emanaba de ningun poder, y era la de D.

JUAN MANUEL ROSAS. Desde que se habia resuelto á vivir en sus tierras, habia sentido la necesidad de grangearse la afeccion de los habitantes del campo, sobre los cuales habia tomado cierto ascendiente, participan o en sus trabajos, mezclándose en sus diversiones, auxiliándoles en sus desgracias : mostrándose en fin justo, humano y compasivo con todos. Su casa se convirtió en asilo para los desvalidos.

En un país falto de las ventajas de la instruccion, y cuyas costumbres se resienten todavia de nuestra imperfeccion social, un exceso de severidad lo es tambien de injusticia, puesto que las faltas, cuando no son repetidas, deben mirarse mas bien como vicios de la sociedad, que de los individuos. Antes de declarar á los hombres responsables de sus estravios, es menester enseñarles á evitarlos. Al paso que las cárceles y los castigos confirman á la juventud en todos sus errores, una vida arreglada y laboriosa ahoga en su corazon el gèrmen corruptor del vicio, é innumerables serian los ejemplos que podríamos citar de los que volvieron á la buena

senda, por los paternales cuidados del Sr. ROSAS.

Cuando en Junio de 1820 recibió los despachos de capitán de milicias, el momento no era favorable para enrolarse en el ejército. Sin embargo, afligido del estado de su país, admitió este empleo, y en poco tiempo montó, equipó y armó á sus espensas un numeroso cuerpo de caballería, compuesto en gran parte de sus propios jornaleros, á cuya cabeza marchó para reunirse al Gobernador en campaña. Este refuerzo reanimó el corage del ejército, que se mostró dispuesto á restablecer su reputacion. Despues de algunos dias de marcha alcanzó al enemigo el 12 de Agosto en San Nicolás, donde tuvo lugar un primer combate, que se continuó en Pavon. Estas acciones, en que el Sr. ROSAS peleó con un valor extraordinario, fueron gloriosas para nuestras tropas. No así despues : el Gobernador avanzó hasta el Rosario, en donde mandó al Sr. ROSAS que regresase al sur, para ocuparse en organizar al quinto regimiento de campaña dándole los despachos de comandante de este cuerpo.

El jefe contrario, informado de esta separacion, cargó y triunfó en el Gamonal, á pesar que las fuerzas del Sr. ROSAS fueron reemplazadas con otras mas numerosas. Ese revés trastornó el plan de campaña del Sr. Dorrego, y le obligó á retirarse precipitadamente á Areco, de donde espidió circulares á los gefes de las milicias para que se le incorporasen con sus tropas. El Sr. ROSAS se rindió á las órdenes del Gobernador, trayéndole 600 voluntarios: pero lejos de desear que se encarnizase la lucha, se propuso aprovechar alguna ocasion favorable para aconsejar que se estipulase una paz honrosa.

Pero otros acontecimientos se preparaban en la capital. La Sala de Representantes se reunió el 26 de Diciembre, y elevó al mando al general D. Martin Rodriguez. Apenas su autoridad se proclamaba en la provincia, cuando un movimiento tumultuario, encabezado por el segundo tercio cívico, estalló en la ciudad, y obligó al nuevo Gobernador á invocar el apoyo de las milicias. El Sr. ROSAS, que conforme á las órdenes recibidas marchaba à Areco, al llegar al Puente de

Marquez recibió una carta del general Rodriguez, en que solicitaba su auxilio para vengar este ultrage. El Sr. ROSAS, con aquella severidad de principios que le es tan característica, no quiso deferir á una simple comunicacion confidencial, y aguardó que se le mandase oficialmente ponerse á las órdenes del nuevo Gobernador.

Bastó su presencia para restablecer el orden en la capital, donde entró el 5 de Octubre al frente de un regimiento de colorados, que imitando el noble arrojo de su jefe, espusieron sus vidas por restablecer el imperio de las leyes, en que se apoyó el gobierno, que habia estado hasta entonces á merced de los acontecimientos. Su primer acto fué recompensar los servicios del Sr. ROSAS, enviándole el despacho de coronel de caballeria de línea. Ningun desorden mancilló este triunfo: las tropas que acompañaron al gobernador de Buenos Aires observaron la mas estricta disciplina, y aunque fueron recibidas á balazos, y quedasen tendidos en las calles mas de cien colorados, no se entregaron á ninguna venganza. El dia mismo

de su entrada renació la confianza de los ciudadanos, que se felicitaban por el término de tantos desastres.

Sin embargo restaba mucho que hacer. Nuestras disensiones con las provincias limítrofes estaban aun pendientes, y el contraste que sufrimos en el Gamonal inspiraba temores fundados por la continuación de la guerra.

De todos modos importaba salir cuanto antes de semejante incertidumbre. El gobierno confió al Sr. ROSAS tan árdua misión, y la poca esperanza que se tenía de llegar á un allanamiento hizo que se tomasen medios para prepararse á entrar en campaña. El plenipotenciario marchó á la cabeza de su regimiento, que representaba la vanguardia del ejército, al mando del mismo Gobernador. Todos confiaban en el Sr. ROSAS, cuyo crédito se había aumentado por las pruebas recientes de su lealtad, de su valor, y de su inteligencia.

No obstante las muchas dificultades, que presentaba un convenio entre dos pueblos acostumbrados á mirarse con recelo, bastó una entrevista del Sr. ROSAS con el Exmo.

Sr. gobernador de Santa Fé, para echar los cimientos de una reconciliación franca y duradera.

Fuè entonces cuando se estrecharon entre los dos gefes esas relaciones amistosas, que tantos acontecimientos, ya prósperos, ya desgraciados han contribuido á fortalecer, y que nada podrá aflojar.

La paz con Santa Fé terminó una era de desastres para nuestra provincia, cerrando el círculo fatal de las revoluciones, que recorriamos desde mucho há, y que detuvo al país en sus adelantamientos. Los enemigos de nuestra independencia se regocijaban de vernos luchar con nuestros propios hermanos, y contaban con la prolongación de nuestras contiendas para volvernos á esclavizar. Amagados por nuestros enemigos exteriores, teníamos que defendernos contra esas tribus belicosas, que bajo distintas denominaciones nos rodean, y que, enemigos de todo freno, lograron conservarse independientes durante el largo periodo de la dominación española en el nuevo mundo. Despertándose al ruido de nuestras disensiones, creyeron llegada la

oportunidad de talar nuestros campos. La convencion con Santa Fé, que probablemente ignoraban, no los contuvo en sus incursiones, y cuando el pueblo se preparaba à celebrar tan fausto acontecimiento, algunas partidas de indios invadieron los departamentos del centro. El Sr. ROSAS, à quien se le habia confiado la defensa de las fronteras del sur, avanzó à la cabeza de un regimiento y de un cuerpo numeroso de paisanos armados, para cubrir los puntos mas espuestos: pero órdenes terminantes del Sr. Gobernador le obligaron à suspender su marcha.

El Sr. ROSAS ocupó una posicion ventajosa en el Saladillo, à 14 leguas al S. O. de Lobos, aguardando la llegada del cuerpo principal del ejército. Su campamento fué el punto de reunion de las milicias, cuyo número aumentó tanto, que fué preciso licenciar una parte de ellas como supérfluas. El nombre de este gefe estaba en todos los labios, y sus hazañas pasadas eran una prenda de seguridad para el porvenir.

Entretanto el gobernador D. Martín

Rodriguez reunia fuerzas para romper las hostilidades. Dividió su ejército en dos columnas, destinando al coronel Ortiguera à rechazar à los Ranqueles en el S. O., mientras que el mismo gobernador marchaba al sur à atacar à los Pampas. Para que estas disposiciones surtiesen su efecto, se requerian grandes acopios de armas, de municiones, de caballos y de víveres; y fué precisamente lo que se descuidó. Ademas de esto, en vez de concentrar las fuerzas, para que el ataque fuese mas vigoroso, las diseminaron en varios puntos.

Las circunstancias hubieran favorecido este plan, puesto que una sola tribu nos hostilizaba, y de consiguiente no habia motivo para provocar à las demas. De todos modos convenia exceptuar à los Pampas, que eran los mas dóciles, y mejor dispuestos à relacionarse con nosotros. Consultando el Sr. ROSAS la utilidad que resultaría à la provincia, se habia esmerado en cultivar su amistad, y habia llegado à inspirarles alguna confianza. Muchos Pampas se habian decidido à fijarse en las tierras de los *cristianos*,

á quienes ya no miraban con su acostumbrada repugnancia. El Sr. ROSAS pidió, pues, que se les respetase: mas, lejos de adoptar tan sábios consejos, el gobernador Rodriguez marchó al Tandil, sorprendió y acuchilló á los indios en Chapaleufú. Los que sobrevivieron á esta carnicería, volvieron sobre sus agresores y los siguieron hasta la frontera.

La expedicion del S. O., por estar mal montada, y no tener viveres mas que para 15 dias, regresó despues de haber recorrido el Tandil: y lo mismo hizo la vanguardia, al mando del Sr. ROSAS, que se habia avanzado hasta la Sierra de la Ventana, sin poderse encontrar con los indios.

El Sr. ROSAS, cuyos consejos se habian desoido, hizo cuanto pudo para reparar estos desaciertos. Envió órdenes á los mayordomos de las estancias circunvecinas, para abastecer de ganado al ejército. Mas á pesar de toda la actividad que se empleó en esta operacion, sus efectos fueron tan escasos, que no pudiendo aguardar por mas tiempo los auxilios, fuè menester resolverse á volver atras.

El Sr. ROSAS, que no quiso abandonar su

puesto, porque no se le imputase alguna oposicion á servir bajo las órdenes del Sr. Ortiguera, de quien solo tenia motivos para apreciarlo, se retiró á la conclusion de esta campaña; y lo que mas lo estimuló á tomar esta resolucion fuè ver que sus servicios no eran agradecidos, sea que se les considerase inútiles, ó mas bien por la libertad con que se espresó sobre las faltas que se habian cometido.

Pero un triste presentimiento amargaba su corazon en el silencio de la vida privada. No dudaba que los Pampas, que se habia tenido la imprudencia de provocar, atacarian nuestras estancias, echándose tal vez con mas furor sobre las suyas, para vengarse del que habia sido su abogado, y que ellos debian creer autor de los planes del Sr. Rodriguez. Mas á pesar de esta prevision, no logró sustraerse de su total ruina; y antes que pudiese transportar, como se lo habia propuesto, su hacienda de los Cerrillos á los campos de San Martin y Guaraní, los indios atacaron á sus establecimientos, y le sacaron mas de 26,000 cabezas de ganado. El Sr. ROSAS sobrellevó

con resignacion esta desgracia; y solo sentia verse arrebatado sus caudales en el momento en que mas los necesitaba, para llenar los compromisos contraidos con Santa Fé, al firmar las convenciones que cortaron las desavenencias del año 20.

Sin embargo tocó todos los resortes, y pudo cumplir satisfactoriamente la parte que le cupo en estas importantes transacciones; como consta de los documentos honoríficos que le fueron librados en Santa Fé, á donde fué personalmente á recibirlos, segun lo habia prometido.

Poco despues de su regreso de aquella ciudad, la provincia de Buenos Aires se halló nuevamente espuesta á una invasion de indios, que habian llegado á ser muy temibles, por la desmoralizacion del ejército, la dispersion de las milicias, y un terror pánico que se habia apoderado de los habitantes.

Entraron por seis puntos; y lo hicieron con tanto acierto que se hubiera creido mas bien que ejecutaban el plan de un general, que las distintas órdenes de sus caciques. En todos los ataques rechazaron á las numerosas

divisiones de la frontera, que se réplegaban en desorden hácia los parajes mas habitados. La campaña no ofrecía el menor abrigo, y los indios que entraron por Lobos, avanzaron por el Durazno hasta 15 leguas de la capital, de resultas del contraste que sufrió en el Monte la fuerza del coronel La Madrid. El Sr. ROSAS, que se hallaba en los Cerrillos, voló á Camarones para ofrecer sus servicios al coronel Arévalo, que con solo 300 hombres estaba en los campos de Callejas. No desconocia este gefe la necesidad de obrar, pero sus recursos eran tan exíguos, y sus soldados estaban tan abatidos, que nadie se atrevia á abandonar su posicion. Enjambres de indios bien armados, bien montados, y engreidos con sus últimos triunfos, recorrían el territorio.

El Sr. ROSAS y el coronel Arévalo, á quienes se les habia incorporado un sinnúmero de paisanos armados, marcharon á Arzá, donde se trabó una accion formal, en que los indios fueron acuchillados, y completamente desechos; dejando todo su botin que consistia en una numerosa caballada, y más de 150,000 cabezas de ganado. Esta victoria

reveló á los campesinos un secreto, que habian ignorado hasta entonces; á saber que los peligros disminuyen cuando se saben arrostrar con valor.

Al examinar los tres primeros años de la vida pública del Sr. D. JUAN MANUEL ROSAS, es imposible no admirar su denuedo en los combates, su firmeza en los reveses, su infatigable actividad en llevar adelante cualquiera empresa. Difícil era aparecer en la escena política en una época mas desastrosa. Cuando nuestro ejército recorría triunfante las orillas del Pacífico, proclamando la independencia de dos grandes repúblicas, nuestro país luchaba con toda clase de infortunios. El gobierno sin energía, y sin recursos, nada hacía para sacarlo de una situación tan degradante, y los ciudadanos preferían sacrificar sus fortunas antes que renunciar sus opiniones.

Al salir de estas grandes catástrofes, todos se afanaban en reparar sus quebrantos. Nadie había perdido mas que el Sr. ROSAS; de sus ricas estancias, de sus vastos acopios de granos, de tantos brazos y caudales em-

pleados en el cultivo de sus tierras, solo quedaban algunas reliquias. Pero lo que nadie podía arrebatárle era su actividad, y sus vastos conocimientos en todos los ramos de la industria rural. Igualmente hábil en el pastoreo y en la agricultura, poblaba sus estancias, hacía sementeras, y á fuerza de cuidados y de perseverancia logró restablecer y aun acrecentar su fortuna.

La mejor prueba de lo que puede el trabajo en un suelo tan privilegiado como el nuestro, es la que ofrecen los resultados obtenidos por el Sr. ROSAS. La invasión de los indios en 1821 destruyó sus establecimientos, y bastaron tres años para que volviesen á ser los mas florecientes de la provincia. Sus sembrados, que ocupaban una gran estension, producían mas de 15,000 fanegas de trigo y maiz, sin incluir los productos de otras culturas. Tanta prosperidad le atrajo la admiración de sus amigos y la envidia de sus émulos.

Su benevolencia no tenía límites; Cuantas veces no se le ha visto abandonar sus tareas, por amparar á un desgraciado, pro-

tejer á un huérfano, transar un pleito! ¿Qué hay que estrañar que esta conducta le hubiese grangeado la estimacion de los habitantes de la campaña? Los que piensan que la popularidad del Sr. ROSAS no sea duradera, no saben, ó aparentan ignorar que se funda en beneficios, á que los individuos corresponden á veces con ingratitud, pero que los pueblos olvidan dificilmente.

Por su intervencion en los asuntos generales y particulares de la provincia habia adquirido un conocimiento exácto de su territorio; y no se le ocultó que la línea de frontera era insuficiente para garantirnos de los indios. Una parte de los terrenos recién poblados quedaba afuera de sus antiguas guardias, y por consiguiente desamparada en caso de un ataque; y los mismos establecimientos internos no estaban bastante abrigados, para que fuesen invulnerables. Generalmente hablando, estas avanzadas no tenian suficiente union, para presentar una barrera impenetrable.

La falta de seguridad cerca de las fronteras rechazaba las poblaciones hácia el

centro, y disminuiba considerablemente la estension territorial de la provincia. El gobierno del Sr. Las Heras sintió toda la gravedad del mal, y se propuso remediarlo. Los temores de un rompimiento con el Brasil hacian mas urgente esta medida: antes de empeñarnos en una guerra exterior, dictaba la prudencia asegurar nuestras propiedades, y era demasiado tarde para estender y fortificar las actuales fronteras. La construccion de nuevas guardias, era una operacion larga y dispendiosa, que no podia llenar las necesidades del momento. Convenia, pues, tocar otros resortes de un efecto mas pronto, y no menos eficaz. El Sr. ROSAS, miembro de la comision encargada de proyectar un nuevo deslinde, opinó que se debia tratar con los indios, para pacificarlos y atraerlos á nuestras estancias. El gobierno adoptó este consejo, á pesar que le pareciese dificil en su ejecucion: no concibiendo como se llevarian á efecto dos operaciones tan incompatibles, á saber ocupar los terrenos de los indios, y solicitar su alianza. Efectivamente solo el Sr. ROSAS, por su génio creador, y por el

grande influjo que ejercia sobre aquellas tribus, pudo encargarse de una empresa tan gigantezca.

Siempre se trató de sojuzgar á los indios, mas por primera vez se pensò en colonizarlos; y el resultado de este nuevo plan excedió todas las esperanzas. Conducidos los indios por sus caciques, se transportaron à nuestras estancias y chacras, donde se ocupaban en labrar la tierra, herrar ó apartar ganado, en cazar nutrias, en hacer ladrillo. Las mugeres trasquilaban ovejas, hilaban, tejian jergas, y abandonaban su natural pereza, para participar en las faenas de una vida activa y laboriosa: y si las convulsiones políticas, provocadas por la revolucion del primero de Diciembre, no hubiesen trastornado este plan, forzando á los indios á volver á la vida militar, hubieran continuado fertilizando nuestros campos, y olvidando sus costumbres belicosas.

Los eminentes servicios del Sr. Rosas, á pesar de la importancia y utilidad que tenian para el pais, solo le proporcionaron persecuciones y disgustos. Los ociosos le reprocha-

ban su contraccion al trabajo; los intrigantes su odio á las revoluciones; los díscolos la sencillez y la severidad de sus costumbres; y no faltaban hombres *ilustrados* que le hacian un cargo de su interés hácia los indios.

El Sr. Rosas nunca contestó á sus detractores; limitábase á confundirlos con la práctica de todas las virtudes, y con su respeto inalterable á las instituciones del país. Un hecho ignorado, y que merece no serlo, es que, perseguido durante la administracion del Sr. Rivadavia, el Sr. Rosas desalentó siempre á los que venian á solicitarle, para que les ayudase á efectuar un cambio en el gobierno, haciendo uso de medios ilegales.

“No soy juez del primer magistrado de la República, contestaba con firmeza este virtuoso ciudadano: mientras que los representantes del pueblo no revoquen sus poderes, mi deber es obedecerle.”

Estos mismos principios dirijieron su conducta en nuestras últimas emergencias, que ya habia previsto: y si el gobernador Dorrego hubiese oido sus consejos, nos habria-

mos quizá librado de una gran conflagracion. El Sr. ROSAS no ignoraba el complot del ejército, ni la repugnancia de sus gefes á someterse á la autoridad legal del Sr. Dorrego: y aunque no pudiese designar positivamente quien capitanearía esta insurreccion, no dudaba que estallaría. En sus conferencias con el mismo Sr. Dorrego insistió fuertemente en que el gobierno atendiese á la pronta organizacion de las milicias, que consideraba como el único baluarte contra la insubordinacion del ejército. Viendo que no se tomaba medida alguna para conjurar la tormenta, pidió su dimision, que no le fué admitida. Dos dias antes del funesto primero de Diciembre, tuvo la última entrevista con el finado Gobernador en la fortaleza, le manifestó sus recelos, y representó de nuevo la necesidad de armar á la campaña. Pero ya era tarde, Poco despues tuvo el dolor de saber del mismo Sr. Dorrego que sus tristes presentimientos se habian realizado, y que yá no quedaba mas apoyo al gobierno lejítimo de la provincia, que su espada, la cooperacion del Sr. ROSAS, y la fidelidad de los milicianos.

En este terrible lance, en que se trataba nada menos que de resistir á una revolucion fraguada en el misterio, favorecida por un partido poderoso, y sostenida por un ejército aguerrido, el Sr. ROSAS no trepidó un instante; y cerrando el corazon á cualquier otra consideracion, solo pensó en llenar sus deberes.

Sèanos permitido suspender aquí nuestra tarea. El último periodo de la vida del Sr. ROSAS es tan fértil en acontecimientos, que pretender detallarlos todos, sería exceder los límites que nos hemos prescripto. Nos propusimos escribir un ensayo, y nó una historia: dejamos á escritores mas hábiles la responsabilidad de esta tarea.

Al reunir los rasgos principales de la carrera política y militar del Sr. ROSAS, hemos tenido que hacer un esfuerzo, por no caer en la exâgeracion que naturalmente inspira la contemplacion de virtudes tan eminentes. El Sr. ROSAS es un excelente ciudadano: desdeña la gloria comprada con la sangre, detesta los honores adquiridos con los crímenes, desprecia las riquezas que no

se ganan con el trabajo. Su vida pública no presenta hecho alguno que esté en oposición con estos elógijs; y si no temiesemos ofender su modestia, encontraríamos en su vida privada muchas pruebas que los confirman.

Sus detractores han podido prodigarle ultrages, pero ninguno de ellos se atrevió à citar una sola acción que fuese reprehensible. ¿Qué podrían decir que no lo desmintiesen mil testigos? Adorado de sus deudos, querido de sus amigos, venerado de sus familiares, nada sería comparable á su dicha, si no hubiese tenido la noble ambición de ser útil á su patria. ¿Se le obligará á arrepentirse?.... ¡ ARGENTINOS! Sed justos y agradecidos, si quereis ser libres y felices.



Cap. 405. b. 15.

~~~~~  
**CELIO A ARNESTO.**  
 ~~~~~

~~~~~  
 BUENOS AIRES:  
 IMPRESO EN LA IMPRENTA REPUBLICANA  
 Calle de Argenteo nº 12  
 ~~~~~